

## Necrología del doctor don José Blanc y Benet

Por el DOCTOR LUIS CIRERA

No sin emoción puedo hablar de personas tan queridas para mí, fruto de un trato íntimo durante una larga veintena de años. Personalidad del relieve del doctor Blanc y Benet, bien merecía pluma de otros vuelos que la pobre mía, para escribir una ejemplar biografía como resultaría fotografiada la vida del doctor Blanc.

Era el doctor Blanc alto de cuerpo, enjuto de carnes, facciones correctas, con ligero dejo melancólico, de andar moderado y porte distinguido. Su alma correspondía a su físico, con un temple especial, a prueba de toda clase de emociones. Enamorado de sus deberes, casi podríamos decir, que no dedicaba acción ni energía alguna más que a su cumplimiento.

Durante su juventud, el doctor Blanc como internista dedicó sus principales cuidados a la infancia en un dispensario para niños pobres que había fundado. Y el doctor Blanc en su visita no sólo la tomaba como verdadero sacerdocio, sino que era excesivamente módico en sus honorarios; ejemplo digno de imitarse hoy que tantos abusos se cometen en esta materia. Luego dedicó principalmente sus actividades a los estudios higiénicos y de Deontología Médica.

Todos los conocíais aquí como modelo de Académicos: constante en la asistencia a las sesiones, atento siempre a los asuntos que se debatían y tomando parte no pocas veces con razones decisivas en sus discusiones. Y el doctor Blanc era requerido como voto de calidad en cuantas cuestiones se presentaban referentes a higiene y a Deontología Médica.

Sus trabajos académicos, son muy notables entre otros, los que tratan del «Aborto provocado», «Vivisecciones», «*In anima nobile*», «Ampliación de los servicios de puericultura de Barcelona», «Balance higiénico de los modernos sistemas de moral», etc., etc.

Figuró durante muchos años en la Junta Directiva, desempeñando el cargo de Tesorero con todo cuidado y escrupulosidad.

Le confió la Academia varias comisiones, y en su nombre desempeñó el cargo de Vocal de la Junta de la protección a la infancia. A nadie como a él se le podía confiar un cargo como éste en donde tanto bien se puede hacer. Desarrolló toda su actividad para hacer cuanto fuese posible en favor de la infancia pobre y desvalida, y aquí, como en todos los cargos que desempeñaba el doctor Blanc, se le encontraba en todas las juntas y reuniones; siempre ecuaníme y con datos que había tomado y estudios que él había hecho anteriormente de las materias que se iban a tratar.

Como todos sabéis, era un escritor atildado, elegante, fecundo como pocos, de criterio seguro aun en las cuestiones más delicadas. Escribía desinteresadamente: sólo guiaba su atildada pluma el amor a la ciencia, de la que manaban dos manantiales: uno de amor a Dios y otro de amor al prójimo.

Sus trabajos sobre higiene social le han valido una sólida reputación de higienista. Su notable obra titulada «Contribución al Saneamiento de Barcelona», sin duda ha orientado las mejoras higiénicas de estos últimos años; lástima no se hayan seguido todos sus sabios consejos.

El tiempo de que disponemos no me permite ni siquiera citar la larga lista de sus interesantes trabajos en esta materia, por lo que doy al final su interesante lista bibliográfica para que todos puedan conocerlos.

La otra rama que comprende una buena parte de sus escritos, se refiere al estudio y resolución de todos aquellos casos de moral médica en la que el doctor Blanc era verdaderamente maestro.

Maestría debida a sus excelentes cualidades, ya que a más de sus especiales dotes que le adornaban y vastos conocimientos que poseía, hacía un concienzudo estudio de cada caso, que como es sabido comprende dos problemas, fundamentales o sean uno de medicina y otro de moral. Y aquí con aquella prudencia que le caracterizaba, a más del estudio médico profundo de la cuestión, consultaba a los especialistas en la materia que estudiaba, como saben algunos académicos que me hacen el honor de escucharme; y en cuanto al problema moral, además de su estudio consultaba a los moralistas de mayor renombre, que a su vez consultaban al doctor Blanc en los asuntos médicos, y al que querían y admiraban como verdadero sabio.

Citaremos algunos de sus principales trabajos: «La moderación de la libidine» encierra una cuestión

de higiene verdaderamente fundamental. No puedo resistir aquí al deseo de poner algunos párrafos de este interesante trabajo. Dice:

«En este capítulo de las medidas preventivas entra de lleno el estudio de los medios de defenderse contra lo que hemos llamado la *causa más poderosa* de la excitación genésica, o sea la influencia del sexo opuesto.

»Damos ya por supuesto que habrá que ser muy severo en la elección de lecturas, en el examen de láminas y demás medios plásticos que pongan de manifiesto desnudeces enemigas del pudor; en la asistencia a espectáculos, no ya los manifestamente obscenos, sino muchos de los que se consideran tolerables en estos tiempos de gran rebajamiento del sentido moral. Sin esa severidad que la experiencia aconseja, no habrá inocencia segura, no habrá temperamento inalterable, ni predisposición por refractaria que sea que no sucumba.

»Hasta aquí casi todos los higienistas están de acuerdo; a lo menos no se atreven a levantar cabeza los contrarios. Todo el mundo condena la obscenidad en principio. Pero la unanimidad desaparece cuando se trata de la intimidad que puede consentirse en el trato entre uno y otro sexo, sin ofensa de las costumbres.

»Sabido es que hay autores de manga tan ancha que no se ruborizan al proponer el coito moderado, fuera del matrimonio, para calmar los impulsos del instinto genésico. Para preconizar esta clase de medios, no basta estar imbuído en falsas ideas respecto a los imaginarios peligros de la continencia, es preciso haber roto ya con todo freno religioso, es preciso haber apostatado de la religión católica.

»Nosotros, protestando de que nadie tome la representación de la ciencia para atreverse a dar unos consejos reñidos con la higiene y la fisiología según queda demostrado en anteriores artículos, nosotros no tenemos sino palabras de condenación y desprecio contra hipócritas enseñanzas, que favorecen lo que aparentan combatir.»

Sigamos citando algunas de sus principales obras:

«El aborto provocado», «La sífilis, plaga social», «La sífilis en el matrimonio», «La esterilización de los criminales», «Un comentario médico al «No matarás», «La muerte real y la muerte aparente en relación a los sacramentos», «El Neo-maltonismo, carcinoma de la familia», etc., etc.

Si fuéramos a citar todos sus trabajos y a decir unas palabras sólo por cada uno de estos trascendentales problemas que con tanta maestría ha tratado el doctor Blanc, necesitaríamos de mucho espacio, del que no disponemos en estos momentos. Vivamente debemos recomendar a la juventud médica que busque y se nutra en los escritos del doctor Blanc, capaces de regenerar la clase médica. Muy conveniente sería que se coleccionaran y se publicaran en un volumen sus escritos sobre Moral Médica.

También sobre biología tiene interesantes trabajos el doctor Blanc: «La Herencia y la Adaptación», «Disquisiciones biológicas», «De lo vegetativo a lo animado», etc., etc.

El doctor Blanc era además erudito bibliófilo. En 1895 publicó una Bibliografía quirúrgica española, en donde van clasificados y ordenados 450 autores, y pasan de 1,100 las obras y artículos sobre cirugía; y sus aficiones bibliófilas no se habían amortiguado, ya que deja un fichero de bibliografía médica sumamente extenso, labor de muchos años proseguida con toda escrupulosidad y paciencia.

En la prensa diaria había publicado numerosos artículos referentes a higiene pública casi todos.

De intento he dejado para el final el hablar de la obra más importante que como publicista ha realizado el doctor Blanc. Y aquí he de intercalar la cualidad de mayor relieve que adornaba su alma: me refiero a su profunda modestia, que hacía que su personalidad apareciera lo menos posible en obras en que lo era todo. Tal acontecía con la revista «Las Ciencias Médicas» (Criterio Católico), en las que fué durante una veintena de años cuerpo y alma de su publicación, ya que, casi, casi, desde el artículo doctrinal que generalmente escribía él, hasta el poner las fajas para la repartición de la revista, era trabajo de su saber, y de su laboriosidad y paciencia.

Y es que a su profunda modestia reunía el doctor Blanc cualidades extraordinarias de laboriosidad, constancia y abnegación, orientadas siempre al bien de sus semejantes, sin jamás pensar en el lucro; renunciando generosamente a la posición que como médico pudo labrarse, dadas sus excelentes cualidades. Y no se crea con esto que el doctor Blanc gozase de grandes bienes de fortuna.

Esta revista, bajo el impulso del doctor Blanc cobró fama mundial, principalmente por sus trabajos de Deontología Médica; trabajos que no pocas veces eran buscados por los más renombrados moralistas españoles y extranjeros, traducándose a diversos idiomas. Como por veces sus trabajos médicos tomados por eminentes moralistas resolvían cuestiones capitales de moral, con claridad hasta aquí desconocida.

Citaremos un caso: su trabajo titulado «La Muerte real y la Muerte aparente en relación a los Sacramentos» fué el fundamento principal en que basó el eminente moralista P. Ferreres su trabajo sobre esta importante materia, siendo sus conclusiones, que pongo a continuación por ser universalmente aceptadas, ya que traducidas en el libro del P. Ferreres al inglés, francés, alemán, italiano portugués, húngaro y publicadas además en las principales revistas católicas de los Estados Unidos,

Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España, cuya larga lista no vamos a citar para no alargar este trabajo. Diremos únicamente que ha merecido su unánime aceptación, sin que hayan sido objeto de reforma alguna sus conclusiones, resultando en gran honra para el doctor Blanc que con esto cobró renombre verdaderamente mundial. Además, en el Acta S. Sedis, órgano oficial de la Santa Sede, se dijo de este opúsculo que nadie que tenga cura de almas debiera ignorarle.

He aquí las Conclusiones: «1.<sup>a</sup> No repugna a ninguna de las leyes conocidas de la naturaleza el que el hombre pueda permanecer durante un tiempo más o menos largo en estado de vida sin operación alguna vital, como ocurre en ciertos animales inferiores y los vegetales en invierno. Pero tampoco tiene la ciencia actual medio de demostrar que este estado tenga lugar alguna vez.

2.<sup>a</sup> El médico no puede considerar como muerte aparente aquel estado en que a pesar de la palidez, perfrigeración, resolución muscular, falta de respiración y de conocimiento, se perciben todavía algunos latidos cardíacos, por débiles y raros que sean.

3.<sup>a</sup> Los hechos han demostrado que el hombre puede volver a la vida después de permanecer durante horas enteras en un estado en el cual habían desaparecido todas las manifestaciones de la vida general, como son: el conocimiento, el habla, la sensibilidad, los movimientos musculares, la respiración y en que no se percibían tampoco los ruidos del corazón. A este estado es lógico llamar muerte aparente.

4.<sup>a</sup> El estado de muerte aparente descrito en el párrafo anterior suele ser más frecuente y más largo en los que fallecen de muerte súbita o por accidente; pero es muy probable que un estado semejante se produzca durante un tiempo más o menos largo en todos los hombres, aunque mueran de enfermedad común, sea ella aguda o crónica.

5.<sup>a</sup> Después del momento vulgarmente llamado de la muerte, aun de la consecutiva a enfermedades agudas o crónicas, según testimonio de la mayoría de los autores, tienen lugar en el cuerpo humano unos como restos de vitalidad de los tejidos que se revelan por contracciones de las fibras musculares lisas y estriadas, absorción, movimientos vibrátiles de las pestañas epiteliales y de los espermatozoides, contracciones del útero que a veces han determinado la expulsión del feto, etc.

6.<sup>a</sup> Ante un cuerpo humano que presente los fenómenos que se citan en la conclusión anterior, no tiene hoy por hoy la ciencia medio alguno para decidir si el principio, que mantiene en el organismo la unidad funcional, ha desaparecido.

7.<sup>a</sup> Resulta exacta la expresión de Brouardel de que no tenemos signo alguno ni conjunto de signos que baste a precisar en todos los casos con certeza científica el momento de la muerte.

8.<sup>a</sup> Las pestañas epiteliales de las vías aéreas según autores, dignos de confianza, vitran todavía de 12 a 15 horas después de lo que vulgarmente se llama el momento de la muerte.

9.<sup>a</sup> La rigidez muscular no puede con certeza llamarse cadavérica desde el momento en que Brown Sequard y James Kay han devuelto su flexibilidad y contractilidad a algunos músculos ya rígidos con sólo inyectar en sus vasos sangre fresca.

10.<sup>a</sup> La rigidez llamada cadavérica se presenta en un tiempo más o menos distante del momento que vulgarmente se llama de la muerte, influyendo en la mayor o menor prontitud de su aparición las enfermedades y lesiones que ha sufrido el individuo, la temperatura ambiente, etc. Una estadística de Niederkorn demuestra, empero, que en las dos terceras partes de los casos la rigidez comienza al cabo de dos a seis horas del momento vulgarmente llamado de la muerte. A las veinticuatro horas comúnmente es completa y desaparece a las treinta y seis o cuarenta y ocho horas.

II. Antes de aparecer la putrefacción no existe signo alguno ni conjunto de signos que baste a dar certeza absoluta del estado cadavérico.

12. La aparición de la putrefacción no sirve para determinar el momento de la muerte, sino para obtener la certeza del estado cadavérico.

13. La coloración verdosa del abdomen, que suele ser el signo inicial de la putrefacción, se presenta más o menos pronto según el medio en que está el cadáver, según la temperatura exterior, y, si se trata de recién nacidos, según hayan o no respirado.

14. Generalmente al cabo de veinticuatro o treinta y seis horas de lo que vulgarmente se llama el momento de la muerte, la putrefacción se revela por signos evidentes, siendo empero más rápida su aparición en verano.

15. De las anteriores conclusiones se deducen fundadas sospechas de que ningún hombre muere en aquel momento que vulgarmente se juzga ser el último de la vida, sino algún tiempo después.

16 y última. De las anteriores conclusiones se deducen, para todo médico, ante un muerto reciente que no ha ya recibido los últimos sacramentos, los deberes siguientes:

A. Si el muerto es un feto, o recién nacido, o adulto todavía no bautizado, le bautizará inmediatamente con la fórmula «Si vives» o «Si eres capaz», etc., según prescribe el ritual romano para los que están en peligro de muerte.

B. Si se trata de un adulto bautizado, el médico ordenará inmediatamente sea llamado un sacerdote, al cual expondrá los signos de vitalidad que se observan en los que se creen muertos recientes,

y las fuertes sospechas que existen de que ningún hombre muere en el momento que cree el vulgo, sino algún tiempo después; y suplicará en consecuencia al sacerdote que administre la extremaunción al muerto dudoso, o, si no lo cree conveniente, que a lo menos le de la absolución *sub-conditione*»

Sabido es que la revista es órgano de la Sociedad Médico-Farmacéutica de los Santos Cosme y Damián, a la que pertenecía el doctor Blanc hacía una treintena de años, para cuyo fomento trabajó constantemente, figurando desde hace muchos años en la Junta directiva y no poco tiempo como Vice-presidente, rehusando insistentemente a que fuera nombrado Presidente como todos queríamos. Su modestia era tan grande, que en manera alguna aceptaba cargos que le pusieran en primer término. En vista de lo cual la Sociedad, dados sus relevantes méritos, le honró nombrándole su Presidente de honor, ya que para esto no necesitaba de su asentimiento.

Perteneció el doctor Blanc a las conferencias de San Vicente de Paul, siendo uno de sus más asiduos socios; y era desde hacía algún tiempo Vocal de su Consejo general.

Nació el doctor Blanc en Barcelona, en 1856. Hizo sus estudios brillantemente en la Facultad de Medicina de aquí, doctorándose en Madrid con la notable tesis «*De la gravedad (estado grávido) como agente etiológico higiénico y terapéutico en la mujer*» en 1881. Murió en el Mas Vidal, Canonja (Tarragona), el 6 de marzo de 1923, con el sacerdote a su lado y rodeado de los suyos; de toda su amante familia, que parecía se extendía a todos los campesinos de la comarca, por las grandes muestras de cariño y de vivo dolor que a su muerte sintieron y expresaron.

Parece que el doctor Blanc escogió el lugar de su muerte, que como su vida quería fuera modesta; pero se hubiera asombrado si hubiese visto conmovérse la comarca entera tomando parte en su entierro, y es que el pueblo en donde pasaba pequeñas temporadas había descubierto en el doctor Blanc al sabio, bueno y virtuoso, que prodigaba sus bondades sacrificándose a sí propio. ¡Dichoso él, que al morir empezó la verdadera vida!

HE DICHO

## BIBLIOGRAFÍA

- Alegorías anatómicas. Art. en «Las Ciencias Médicas», mayo de 1912.  
 Algunos datos bibliográficos sobre el doctor Robert.  
 Ampliación de los servicios de puericultura en Barcelona.  
 Comunicación a la Real Academia de Medicina, 1917.  
 Asuetos y diversiones. Conferencia dada en la Liga de Educación familiar.  
 Balance higiénico de los modernos sistemas de moral. Discurso leído en la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.  
 Cartas sanitarias.  
 Contribución al saneamiento de Barcelona.  
 Conducta moral del médico en la sífilis matrimonial. Art. en «Las Ciencias Médicas», 1909.  
 «Crescite et multiplicamini», «Ciencias Médicas», octubre de 1912.  
 Datos para una bibliografía quirúrgica española, donde se registran debidamente ordenados y clasificados 450 autores españoles y más de 1,100 obras y artículos sobre cirugía.  
 De algunas formas de vida poco conocidas. Discurso leído en la Obra de Buenas Lecturas.  
 Del acto humano y de la responsabilidad. Art. en «Las Ciencias Médicas», 1909.  
 De la certificación de las defunciones. Art. en «Las Ciencias Médicas», 1907.  
 De la licitud de la vasectomía. Art. en «Las Ciencias Médicas», 1912.  
 De la muerte aparente con relación a los sacramentos. «Las Ciencias Médicas», 1903.  
 Demografía dinámica. «La Veu de Catalunya», 1903.  
 Dictamen para mejorar la salubridad de Barcelona. Ponencia de la Soc. Económ. de Amigos del País, 1910.  
 Disquisiciones biológicas. Art. «Las Ciencias Médicas», 1900.  
 Réplica al doctor don José Tarruella sobre el «Aborto provocado», Revista de Medicina y Cirugía, 1901.  
 El alcohol contra la raza. «Ciencias Médicas», 1913.  
 El bautismo de necesidad en el arte obstétrico. «Las Ciencias Médicas», 1899.  
 El descans escolar del dijous. Art. en «La Veu de Catalunya», 1908.  
 El neo-maltusianismo, carcinoma de la familia. «Las Ciencias Médicas», 1917.  
 El peligro sífilítico. «Las Ciencias Médicas», 1914.

- Carta abierta al doctor don José Tarruella, sobre el «Aborto provocado». Revista de Medicina y Cirugía, 1901.
- El problema de la Educación sexual en el Primer Congreso de Higiene escolar. Ciencias Médicas, 1912.
- El problema nosocomial en Barcelona. «Las Ciencias Médicas», 1913.
- El sexo y la edad de los criminales. «Las Ciencias Médicas», 1910.
- Enseñanzas que brotan de la comparación de algunas estadísticas de la tuberculosis. Comunicación al Congreso de la tuberculosis de Barcelona de 1910.
- Establecimientos preventivos antituberculosos. Revista Barcelonesa, 1912.
- Ideas y propósitos. «Las Ciencias Médicas», 1898.
- Intervención sanitaria en las crisis industriales. «Las Ciencias Médicas», 1901.
- La Concienca. «Las Ciencias Médicas», 1901.
- La descendencia de los intoxicados. «Las Ciencias Médicas», 1913.
- La escuela mixta. Ensayo crítico sobre la coeducación de los sexos. Barcelona, 1914.
- La Ensenyança de l'Estat. «Diario de Cataluña», 1900.
- La esterilización de los criminales. «Las Ciencias Médicas», 1910.
- La fuerza del hábito, resorte de la humana perfectibilidad. Discurso leído en la sesión pública inaugural de 1905 a 1906. En la Sociedad Médico-Farmacéutica de los Santos Cosme y Damián.
- La herencia patológica. «Las Ciencias Médicas», 1913.
- La herencia y la adaptación. «Las Ciencias Médicas», 1912.
- La Higiene y la Estadística. «Veu de Catalunya», 1905.
- La lucha contra la lepra en España. «Las Ciencias Médicas», 1915.
- La moderación de la libídine. Barcelona, 1905.
- La moderación de la libídine. Segunda edición. Imp. Subirana, 1905.
- La Població de Barcelona. «Veu de Catalunya», 1905.
- La pols y el fum de les ciutats. Comunicació al Congrés de Govern municipal de Barcelona, 1909.
- La precocidad adquirida y sus consecuencias. «Las Ciencias Médicas», 1916.
- La precocidad infantil. Causas de la adquirida. Sus consecuencias. Medios para evitarla.— Conferencias dadas en la «Lliga Barcelonina d'Higiene Escolar».
- La primera capital mediterránea. Art. en «La Vanguardia», 1915.
- La sífilis plaga social. Barcelona, 1908.
- Las órdenes religiosas a los ojos del médico. Memoria presentada al Congreso Católico de Santiago, 1902, y en «Las Ciencias Médicas», 1903.
- La tisis y la escuela de Coos. Conferencia dada en la Acad. de San Cosme y Damián, 1904.
- La tuberculosis ante la Eugénica. «Las Ciencias Médicas», 1913.
- Lista de los escritos médicos del doctor Bartolomé Robert. «Las Ciencias Médicas», 1902.
- Los problemas de la biogénesis. Art. en «Las Ciencias Médicas», 1901.
- Materiales para la historia de la Higiene. «Las Ciencias Médicas», 1908.
- No enterrar abans d'hora. «Aurora Social», 1907.
- Parlem de xifres. Art. «Veu de Catalunya», 1908.
- Preservación de la primera infancia contra la tuberculosis. «Las Ciencias Médicas», 1916.
- Problema que suscita la locura moral. «Las Ciencias Médicas», 1917.
- Profilaxia de la sífilis matrimonial. «Las Ciencias Médicas», 1916.
- Profilaxis de la lepra y caridad para el leproso. «Las Ciencias Médicas», 1905.
- Protección a la infancia. «Gaceta de Cataluña», 1912.
- Quelcom sobre mortalitat. Art. en «La Veu de Catalunya», 1905.
- Reflexiones de un médico católico sobre el ayuno eclesiástico. «Las Ciencias Médicas», 1910.
- Reforma de la legislación sobre el cultivo del arroz. En el Anuario de la Económica Barcelonesa de amigos del País. 1908.
- Si cabe evolución de lo vegetativo a lo animado. Comunicación al Cong. Med. Intern. de Madrid, 1903 y «Las Ciencias Médicas», 1904.
- Si se heredan los caracteres adquiridos. «Las Ciencias Médicas», 1912.
- Tuberculosis y matrimonio. «Las Ciencias Médicas», 1910.
- Un comentario médico al «No matarás» Barcelona, 1917.
- Una visita a las termas de Santa Coloma de Farnés. «Las Ciencias Médicas», 1911.
- Venus contra la raza. «Las Ciencias Médicas», 1914.
- Vivisecciones «in anima nobilis». Comunicación a la Real Academia de Medicina, 1917. «Las Ciencias Médicas», 1917.
- El esfuerzo individual y el colectivo en la actual crisis profesional. «Las Ciencias Médicas», 1901.
- Todavía el aborto provocado. «Las Ciencias Médicas», 1901.

- La lucha contra el aborto criminal. «Las Ciencias Médicas», 1918, 1919 y 1920.  
 La esterilización humana. «Las Ciencias Médicas», enero a junio, 1921.  
 Problemas morales que suscitan las modernas prácticas de rejuvenecimiento. «Las Ciencias Médicas», julio y septiembre de 1921.  
 Algunas reivindicaciones feministas de orden higiénico-social. «Las Ciencias Médicas», 1914.  
 Nupcialidad extemporánea. «Las Ciencias Médicas», 1921 y 1922.  
 Consanguinidad. «Las Ciencias Médicas», 1922.  
 El certificado médico obligatorio de los futuros cónyuges es contraproducente. «Las Ciencias Médicas», 1922.  
 Histerismo y éxtasis sobrenatural. «Las Ciencias Médicas», 1898.  
 Los médicos católicos. «Las Ciencias Médicas», 1898.  
 La Sagrada Eucaristía administrada privadamente a los enfermos. «Las Ciencias Médicas», 1918.  
 Estudio de las Adenopatías tráqueobronquiales.  
 Etiología de la mortalidad en la urbe barcelonesa y manera de disminuirla.  
 Contribución al saneamiento de Barcelona.  
 La población animal de Barcelona en sus relaciones con la higiene pública.  
 Ponencia sobre las Reformas de las Ordenanzas municipales.

## Discurso necrológico a la memoria del Muy Ilustre doctor don Juan Coll y Bofill

Por el DOCTOR DON FRANCISCO SOLER Y GARDE, Académico Numerario.

EXCMO. SEÑOR,  
MUY ILUSTRES SEÑORES ACADÉMICOS:

Por segunda vez, en pocos meses, cábeme el luctuoso honor de llevar la voz de esta Real Academia para venerar el recuerdo de uno de los estimados compañeros que nos han precedido en el tránsito definitivo y duermen ya el sueño de la paz.

Motivó mi anterior oración necrológica la muerte del Excmo. Sr. Dr. D. Casto López Brea (q. D. h.), y si en aquella ocasión el brillo de los singulares méritos que adornaron a este ilustre médico militar iluminó mi modesto escrito hasta el punto de atreverme a presentárselo a pesar de mi carencia de dotes para confeccionarlo debidamente, en el caso presente espero que bastarán, también, por una parte, la manifestación de los antiguos y recios lazos de amistad que desde la adolescencia me unían con el señor doctor don Juan Coll y Bofill (q. e. p. d.) y la exposición y breve comentario de las muchas y valiosas publicaciones científicas y literarias que éste nos ha dejado, por otra, para que pueda, aun con mi notoria inhabilidad, tejer la fúnebre guirnalda corporativa que piadosamente rendimos hoy a su memoria.

Alboreaban para entrambos las ilusiones de estudiantes del primer curso de medicina cuando nos conocimos en las aulas de la antigua Facultad, junto al Hospital de la Santa Cruz.

Nuestra instrucción profesional se inició con las enseñanzas de los venerados maestros Robert, Giné, Rodríguez Méndez, Ribas Perdigó; y al modo como son casi hermanos los que han sido amamantados por una misma mujer, aunque ésta no les haya concebido, así parece evidente que el adquirir los primeros nutrimentos intelectuales médicos al mismo tiempo y de los mismos profesores, crea, en quienes reciben tal bautismo docente, una real y perdurable confraternidad, persistente toda la vida y más resistente que los embates que puedan conmoverla por vaivenes múltiples o acaso discrepancias pasionales por distanciadores motivos materiales o concepciones religiosas, filosóficas o políticas diversas.